

EL MITO DE SÍSIFO

Referencia bibliográfica:

CHIOZZA, Gustavo (2026a [2016]) “El mito de Sísifo”

Trabajo presentado en el Simposio de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, 2026.

Este artículo es una reelaboración de un capítulo homónimo del trabajo “Algunas reflexiones sobre la dificultad”, escrito por el autor en el 2016 (Chiozza, G., 2016a).

En la versión de Homero –la más antigua y conocida–, Sísifo fue castigado por los dioses a tener que subir una inmensa roca hasta la cima de un peñasco; pero cada vez que está por llegar a la meta, la piedra rueda abajo y Sísifo debe recomenzar su tarea; una y otra vez... por siempre.

¿Quién no se ha sentido, alguna vez, como Sísifo, atrapado en una vida rutinaria, sacrificada y sin sentido que, más que vida, se parece a un castigo? Para Albert Camus, Sísifo era el héroe del «absurdo definitivo». Basó en este mito su ensayo sobre el suicidio; si la vida es un esfuerzo ciego, sin sentido, ¿para qué vivir? Frente a la magnitud de este interrogante, nos urge saber cómo las cosas llegaron a este punto; ¿qué hicimos mal? Quizás podemos empezar por preguntarnos qué pudo haber hecho Sísifo para merecer tan cruel castigo.

Apolodoro nos ofrece la versión más completa del mito. Sísifo, fundador y rey de Corinto, era un sujeto astuto, avaro y mentiroso, que para obtener ventajas personales cometió varias faltas graves. Por ejemplo, delató a Zeus a cambio de que Asopo hiciera brotar un manantial en Corinto; robaba y asesinaba a los viajeros para incrementar su fortuna. A la hora de su muerte, cuando Tánatos lo vino a buscar, Sísifo lo engañó, lo encadenó y siguió viviendo.

Con Tánatos imposibilitado de cumplir su función, la gente ya no moría. Los enfermos terminales agonizaban indefinidamente sin encontrar el alivio de la muerte; las guerras se hacían interminables dado que los soldados, a pesar de sus heridas, ya no podían morir en batalla. Sin la posibilidad de la muerte, la vida se había convertido en un sufrimiento sin final, algo que, como veremos, parece anticipar el castigo impuesto a Sísifo.

Para remediar esta situación, Ares liberó a Tánatos y puso a Sísifo en el inframundo. Pero Sísifo, antes de morir, instruyó a su esposa para que no ofreciera ningún sacrificio a los muertos. Una vez en el inframundo, fingiéndose indignado con la irreverente conducta de su esposa, se quejó con Hades y pidió que se le permitiera volver al mundo de los vivos con el fin de castigarla. Una vez en Corinto, Sísifo se negó a regresar y permaneció varios años más en el mundo de los vivos. Por fin, Hermes lo obligó a volver al inframundo, donde, desde entonces sigue penando la mencionada condena.

Solemos pensar en la justicia como una balanza ciega que busca equilibrar las cosas en su *justa* proporción; las ventajas que ofrece el delito se equiparan con las desventajas que acarrea la condena. Aquel que, con ilícitas argucias, obtiene «grandes provechos, sin ningún esfuerzo», será condenado a realizar «grandes esfuerzos, sin ningún provecho». Otra manera más interesante y profunda de ver las cosas, es pensar que en el mismo pecado ya está contenida la penitencia. Podríamos, entonces, condensar las dos sentencias anteriores en una sola y decir que «lo obtenido sin esfuerzo, no genera provecho». Como se suele decir, «lo que poco cuesta, poco vale».

Si tenemos en cuenta que la vida anímica se origina en la debilidad del yo (Chiozza, G., 2013b), y que un yo que se siente débil es, al mismo tiempo, un yo que desea ser fuerte (Chiozza, G. 2003b), comprendemos que el deseo de potencia es el primero y el más básico que cabe imaginar. Por lo tanto, constituye la base de todo deseo ulterior (Chiozza, G. 2016a). Cuando tenemos hambre, por ejemplo, no solo deseamos comer; también deseamos *poder* resolver la dificultad en la que el hambre nos coloca. Sentir que, enfrentados con la dificultad del mundo, *pudimos* vencer en lugar de ser vencidos. Cuando lo logramos, nos sentimos potentes, fuertes, valiosos... Nuestro sentimiento de autoestima se incrementa y nos sentimos *plenamente* satisfechos (Chiozza, G., 2019b).

Cuando, en cambio, la satisfacción proviene de la eficacia de un poder ajeno, a pesar de que la dificultad haya desaparecido, nos queda todavía la inquietud de saber qué hubiera sucedido de no haber tenido el auxilio ajeno. ¿Habríamos podido vencer o hubiéramos sucumbido a la dificultad?, no lo sabemos. Esta espina clavada en el alma impide que la satisfacción sea completa. En otras palabras, a pesar de la satisfacción, *seguimos* insatisfechos, porque nos sentimos inseguros y desvalidos; es decir, débiles y dependientes.

Sísifo al satisfacer sus deseos, con poco esfuerzo, por medios espurios, hace que estos deseos, en lo más profundo y esencial, permanezcan siempre insatisfechos. Dado que, por ejemplo, su fortuna no proviene de su capacidad de generar bienes sino de asesinar y robar, por mayores reconocimientos que reciba, no logrará sentirse merecedor de lo que obtiene. En otras palabras, por más esfuerzos que haga para elevar su autoestima, al hacer trampa, su autoestima, como la piedra, siempre terminará rodando cuesta abajo.

Otra idea interesante es que Sísifo había burlado dos veces a la muerte; es decir, no temía morir, porque su astucia le permitiría vivir siempre. Cuando no hay nada valioso que perder, tampoco hay nada valioso que ganar o conservar. Sin la posibilidad de la muerte, la vida pierde su valor y su sentido. El castigo que Sísifo recibe tras su muerte (el absurdo, el esfuerzo sin resultado), es un símbolo de lo que Sísifo sentía en su vida (la insatisfacción y la falta de sentido).

La idea de que en el pecado está la penitencia nos permite ver este drama como un malentendido. Sísifo pensaba que la satisfacción consistía en escapar de la condena (el inframundo, donde lo esperaba el castigo del esfuerzo absurdo), pero no sabía que la condena estaba en el hecho mismo de escapar. Al escapar de la dificultad, su deseo de sentirse fuerte pudiendo vencer la dificultad, permanece insatisfecho y esa insatisfacción (experimentada, por ejemplo, como persecución) hace que todas las satisfacciones logradas (sin dignidad), pierdan su valor y su sentido.

Podemos preguntarnos por qué Sísifo no puede aprender de este círculo vicioso que lo condena a la insatisfacción; o, mejor aún, podemos preguntarnos qué necesitaría Sísifo para poder aprender a vivir menos insatisfecho y perseguido; con

más dignidad. La respuesta no es tan difícil; necesitaría esforzarse más. Enfocarse en el esfuerzo sin mirar tanto el resultado. Si al dar el primer paso, miramos la meta y calculamos cuánto nos falta para llegar y cuánto hemos avanzado, seguramente llegaremos a la conclusión de que el esfuerzo no tiene sentido.

Desde este punto de vista, la terea impuesta a Sísifo ya no parece ser el castigo de unos dioses demasiado crueles, sino un ejercicio práctico elaborado por unos dioses bastante sabios. Una nueva oportunidad para que Sísifo aprenda lo que le falta descubrir. Si lo que impide dar valor al esfuerzo es condicionarlo al resultado, quitémosle el resultado. Si lo que impide valorar el esfuerzo es el apuro por llegar a la meta, no dejemos que vea la meta¹. Más tarde o más temprano, descubrirá que nunca llegará a la cima; que nada va a cambiar por más que intente hacer trampa, que proteste o se queje. Más tarde o más temprano aceptará, con resignación, que su vida consiste en llevar la piedra cuesta arriba. Entonces, con sorpresa, descubrirá que la satisfacción está en el esfuerzo por elevarse; por ser mejor. La piedra está allí para darle esa oportunidad. No importa si lo logra; lo que importa es si lo intenta.

La vida no empieza con lo que sucederá *después* del logro, cuando lleguemos a la cima y nos aliviemos del peso. La vida es la obra; ya ha comenzado y es siempre *ahora*. De nada sirve anhelar el momento en que la dificultad desaparezca, porque cuando eso suceda, o bien, otra dificultad ocupará su lugar, o bien, sin dificultad, todo perderá su sentido.

Wimpi decía que «*La felicidad no es una estación que quede cerca o lejos; la felicidad es una manera de viajar*». Si pensamos que la satisfacción es un *lugar* al que llegar, inevitablemente sucederá que tendremos mucho apuro por llegar. Todo lo que suceda antes de llegar solamente será una demora indeseada. Si lo único que importa es llegar, la manera más rápida será siempre la mejor. No es necesario llegar por nuestros propios medios; tampoco es necesario que los caminos sean lícitos. Incluso a veces pensamos que no hace falta llegar de verdad, basta que los otros crean que llegamos...

Siempre que pensamos así, nos sucede lo mismo. La satisfacción que obtenemos nunca es la que imaginábamos; se nos antoja mucho menor y, sobre todo, demasiado efímera... Nos parece que el esfuerzo no ha valido la pena. Entonces, pensamos que equivocamos la meta; que la verdadera se encuentra en otro lugar. Y cuando este ciclo se repite, una y otra vez, empezamos a sentirnos como Sísifo... Nos preguntamos si acaso la vida (el esforzarse por vivir) tendrá algún sentido...

Si, en cambio, logramos pensar que la satisfacción está en el mismo viaje, ya no sentimos que tenemos que llegar a ningún lugar, porque ya estamos *viajando*. Así, sin apuro, podemos enfocarnos en lo que hacemos. Lo que antes era llegar a

¹ La idea de que Sísifo, como producto del castigo, quedara ciego (con los ojos vendados o ensombrecidos), al parecer es una reinterpretación moderna que no figura en ninguno de los textos griegos.

recibirse de médico, ahora se transforma en la tarea de aprender medicina; lo que antes era llegar a casarse, ahora se transforma en conocer a una persona y aprender a estar juntos para compartir el viaje. Las dificultades ya no son demoras indeseadas sino las aventuras propias del viaje. Desafíos que nos dan la oportunidad de descubrir quienes somos, de qué somos capaces y en qué nos falta mejorar.

BIBLIOGRAFÍA

CHIOZZA, Gustavo (2003b)

“El deseo y el afecto. Dos aspectos de la sensación”, en *Simposio 2003* del Instituto de Docencia e Investigación de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, enero de 2003. En www.gustavochiozza.com

CHIOZZA, Gustavo (2013b)

“La debilidad del yo como principio”, (inédito) presentado en Fundación Luis Chiozza, septiembre de 2013. En www.gustavochiozza.com

CHIOZZA, Gustavo (2016a)

“Algunas reflexiones sobre la dificultad”, (inédito) presentado en Fundación Luis Chiozza, junio de 2016. En www.gustavochiozza.com

CHIOZZA, Gustavo (2019a)

“Algunas reflexiones sobre la autoestima”, (inédito) presentado en Fundación Luis Chiozza, mayo de 2019. En www.gustavochiozza.com